

al necesario conocimiento de la regulación y jurisprudencia comunitaria sobre igualdad de trato entre mujeres y hombres; algo imprescindible para, como se dice en sus reflexiones finales, comprender nuestra propia experiencia normativa y jurisprudencial en la materia. No en vano se ha realizado en el marco de los pro-

yectos de investigación DER2013-45781 y DER2016-80327-P, dedicados, respectivamente, al estudio de la jurisprudencia social del Tribunal de Justicia y del Tribunal Supremo

María Antonia CASTRO ARGÜELLES  
Catedrática de Derecho del Trabajo  
y de la Seguridad Social  
Universidad de Oviedo

Daniel BERNABÉ, *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*, 6.<sup>a</sup> ed., Madrid, Akal, 2018, 256 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.66652>.

El periodista Daniel Bernabé ha escrito un libro que merece la pena leer. Al menos por dos motivos. En primer lugar, por el impacto que está teniendo, con una sexta edición ya casi agotada y una séptima en camino. En segundo lugar, porque trata temas muy de actualidad desde una perspectiva de corte clásico (siempre dentro de una posición de *izquierda a la izquierda de la izquierda*)<sup>1</sup>.

El principal diagnóstico que realiza el autor no engaña: la diversidad es un trampa, amplificada y sostenida por unas tendencias posmodernas que han aprovechado el vacío que ha dejado la izquierda

clásica en general y el mal funcionamiento del Estado del Bienestar en particular. La trampa ha venido, cómo no, del capitalismo y del neoliberalismo, que fagocitan las principales reivindicaciones de la izquierda pasadas por el tamiz de lo posmoderno, convirtiendo así el asunto de las identidades (mujer, LGTB, inmigrante, etc.) en la única forma reivindicativa imperante en la actualidad. Se ha desconectado la reivindicación de las denominadas *políticas del reconocimiento/representación* (importa la persona en cuanto miembro perteneciente a un colectivo desfavorecido y vulnerable; por ello, las polémicas apare-

---

<sup>1</sup> Sobre la situación de la izquierda se han publicado diversas obras en los últimos tiempos, con tesis y matices divergentes. Vid. J. GRACIA, *Contra la izquierda. Para seguir siendo de izquierdas en el siglo XXI*, Barcelona, Anagrama, 2018; I. SÁNCHEZ-CUENCA, *La superioridad moral de la izquierda*, Madrid, Lengua de Trapo, 2018; F. OVEJERO, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, Barcelona, Página Indómita, 2018, y S. ZIZEK, *La vigencia de El manifiesto comunista*, Barcelona, Anagrama, 2018.

jadadas a estas reivindicaciones suelen ser simbólicas: la casilla de «tercer sexo», la corrección política, la visibilización, el lenguaje inclusivo...), con la reivindicación respecto de las *políticas de la redistribución* (que apelan a los ámbitos tradicionales como los salarios, la cantidad y calidad de los empleos, la reivindicación de la clase obrera). El autor nos viene a decir que el sistema ha ido desactivando las reivindicaciones relacionadas con la segunda a la par que tolera un aumento de las primeras. Si a ello le sumamos los esfuerzos por hacer de la clase obrera una clase constantemente aspiracional (ser clase media), se obtiene como resultado un desmoronamiento considerable y una desactivación por completo de las reivindicaciones tradicionales<sup>2</sup>.

Huelga decir que el autor considera que si la izquierda sigue jugando a ese juego no dejará de desangrarse. Seguirá perdiendo tantos votos en las urnas como militantes y simpatizantes fuera de ellas. Si juega al neoliberalismo con las reglas dictadas por el propio neoliberalismo perderá por razones obvias. Y si juega dentro del neoliberalismo pero se queda en esas reivindicaciones líquidas e incluso gaseosas, pierde por fagocitación. Es por eso por

lo que el autor insiste en la idea de que estas identidades colectivas suelen tener tantas polémicas entre sí, que a su juicio no es sino una especie de competición por quedarse con las migajas que se reparten en la parte superior del *iceberg*. Así es como el autor entiende esas luchas que se presentan mediáticamente como encarnizadas entre diferentes ramas del feminismo, o entre algunas de estas y la comunidad LGTBI, o entre diferentes formas de entender lo LGTB, o entre la comunidad homosexual y la comunidad transgénero, o entre lo *cisgénero* y lo *transgénero*, y así sucesivamente.

Respecto al pronóstico, Daniel Bernabé considera, dicho en pocas palabras, que deberíamos sacar y desempolvar algunas nociones y herramientas del armario. Por ejemplo, deberíamos tomar conciencia de clase, y en concreto de clase obrera (eso de que todos somos o podemos ser clase media es una añagaza del neoliberalismo, dice). A partir de ahí, asumir que dicha identidad-clase es la divisoria principal a la que las demás identidades se pliegan, porque el origen de «la incomodidad frente al sistema» es en realidad respecto a una mala distribución de lo material, producto de un sistema injusto.

---

<sup>2</sup> Esto también tiene su correlato en otros ámbitos como el cultural/musical. Vid. V. LENORE, *Indies, hispters y gafapastas. Crónica de una dominación cultural*, Madrid, Capitán Swing, 2014.

to y explotador. Si no se hace esto, las políticas de la representación se desconectan de la realidad y se convierten en otro producto más del mercado (muy pujante, eso sí). Bernabé no esconde su propuesta: retomar la política al estilo del siglo xx, retomar «la acción colectiva». Ya lo dice el propio autor trayendo el ejemplo de un documental de finales de los setenta: *El aire es rojo*. O dicho con otras palabras: la necesidad de la revolución socialista (pp. 245 y ss.). Hay que luchar contra ese «no hay alternativa» que el sistema nos vende desde lo que el autor considera ya demasiados años (es la tesis del fin de las ideologías de F. Fukuyama que hizo fortuna a finales de los ochenta del pasado siglo; autor que, por cierto, ha dedicado esfuerzos recientes a estudiar las implicaciones identitarias)<sup>3</sup>. En fin, quien quiera respuestas «las tiene(n) en una gloriosa tradición de políticos, teóricos, militantes, revolucionarios, filósofos, pensadores, escritores, músicos, pintores y poetas, mujeres y hombres, que nos dejaron un legado que recuperar, el de la modernidad, el del siglo xx, para ponerlo de nuevo en marcha cono-

ciendo los errores que nos han traído hasta aquí» (p. 248).

Hasta aquí llegaría, en un resumen un tanto apretado, las principales tesis del autor. Estas se prestan a realizar algunas observaciones desde la sana crítica.

Por una parte, el libro cae en ciertos *tics* de sobra conocidos de esa izquierda revolucionaria<sup>4</sup>. Casi todo es culpa de entes abstractos e incorpóreos: «el mercado», «el neoliberalismo», «el capital». No hay apenas un párrafo dedicado a las personas, a las decisiones que toman libremente, y a la necesaria responsabilidad exigible como consecuencia de las mismas. Salvo que se omita deliberadamente, esto bien podría suceder por el mero hecho de no querer reconocer que, a lo peor para su tesis, las personas son libres y así lo demuestran. Y que una democracia constitucional funcione no se tolera, porque en su éxito está la confirmación de lo desatinado de propuestas como esta, que desean aprender selectivamente sobre el siglo xx aplicando esas presuntamente *auténticas* políticas. José Luis Pardo nos ha advertido no hace mucho sobre esto —y sobre muchas cosas más— en un

<sup>3</sup> F. FUKUYAMA, *Identity. The demand for dignity and the politics of resentment*, New York, Farrar, Strauss and Giroud, 2018.

<sup>4</sup> Probablemente por eso, entre otras razones, «la nueva izquierda» quería trascender las etiquetas tradicionales de «izquierda y derecha», y hacer sumar a «la gente de abajo contra los de arriba». Así lo expone I. ERREJÓN, «Prólogo», en el libro de I. SÁNCHEZ-CUENCA, *La superioridad moral de la izquierda*, Madrid, Lengua de Trapo, 2018, pp. ix y ss.

libro que sigue mereciendo la pena leer despacio<sup>5</sup>.

Y no parece que sea del todo desaprovechable el diagnóstico que realiza. Personalmente creo que está en lo cierto a la hora de denunciar la influencia de la posmodernidad, en denunciar la importancia de eso que se llama «política de la identidad», que tanta relevancia tiene hoy<sup>6</sup>. Siendo sinceros, buena parte de esas reivindicaciones de diversidad solo se pueden hacer sobre base firme y esa base firme es la noción de ciudadanía, noción que el constitucionalismo en general y nuestra Constitución en particular reconoce a todas las personas nacionales mayores de edad. Podemos ser todo lo líquidos que queramos, pero solo podemos serlo sobre una base sólida garantizada<sup>7</sup>.

Parte de lo anterior se comprende cuando se lee qué remedios propone nuestro autor: la acción colectiva, organizarnos, la revolu-

ción, que para eso el siglo XX nos nutrió de ejemplos válidos y valerosos sobre ello.

Sucede que, como dijo Sartori, las revoluciones no solo suelen ser destructivas, sino que ni siquiera cumplen su función creativa de crear, de fundar, por la cantidad de violencia desplegada y de sangre derramada que exigen<sup>8</sup>. Sucede que el siglo XX ha dejado, desde el lado de la historia, un saldo tal de destrucción, muertes y sangre que influyó decididamente en el consenso jurídico y político que parecía haber en torno al establecimiento de las democracias constitucionales como el sistema a seguir<sup>9</sup>. Sucede que si de veras se trata de aplicar las enseñanzas de dicho siglo —en toda su extensión, no selectivamente—, quizá tampoco esté de más leer algunas de las ideas que dejó Doris Lessing, quien defende que no solo no podemos obviar la experiencia acumulada, sino que

---

<sup>5</sup> Vid. J. L. PARDO, *Ensayos del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*, Barcelona, Anagrama, 2016.

<sup>6</sup> Buena parte de expertos vienen insistiendo en que fenómenos como el referéndum de independencia escocés, el *Brexit*, el triunfo de Donald Trump o el intento de secesión de Cataluña, se han basado en avivar y gestionar el caldo de cultivo identitario, normalmente combinado con dosis de populismo y algún tipo de nacionalismo. Especialmente sobre el caso catalán, es recomendable el libro de D. GASCÓN, *El golpe posmoderno*, Barcelona, Debate, 2018.

<sup>7</sup> Este es el criterio de fondo de un autor que Bernabé cita mucho, T. EAGLETON, *Cultura*, Madrid, Taurus, 2017. Dicho con las palabras del británico: «un cierto grado de identidad y estabilidad son esenciales para cualquier vida humana. La desorientación permanente no es una política, piense lo que piense Gilles Deleuze» (p. 51).

<sup>8</sup> Vid. G. SARTORI, *La carrera hacia ningún lugar*, Madrid, Taurus, 2016, p. 38.

<sup>9</sup> T. JUDT, *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012, y T. SNYDER, *Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender sobre el siglo XX*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2017.

debemos emplearla como base de nuestra reflexión. No lo que en teoría hicimos o pudimos hacer. No lo que pudiera haber pasado. Lo que hicimos de verdad. Lo que pasó de verdad. Lo que demuestran experimentos como el de Milgram o el de Zimbardo, que recoge explícitamente, o lo que nos muestra el clásico de Arendt sobre el caso Eichmann y «la banalidad del mal», es que bajo determinadas circunstancias podemos ser (hemos sido, de hecho), capaces de lo peor. Esa experiencia acumulada debe ser el punto de partida de toda reflexión individual, es la que nos hace estar en guardia frente a nuestros instintos más primitivos y más primarios, sobre todo cuando nos manejamos en grupo. Ahí tiene una breve píldora reflexiva sobre el siglo XX nuestro autor<sup>10</sup>.

En general, el principal problema que plantea el libro es que apuesta por revitalizar algunas soluciones que ya no son tales. La Historia, y la historia, lo han demostrado. Pero de eso no se dice ni una sola palabra, de todas las conse-

cuencias que trajo la realización de la revolución en casi la mitad del globo. Ya digo: algunas reflexiones sobre el diagnóstico son procedentes y valiosas; algunas ideas sobre cierta obsesión con la política identitaria que está cuarteando a la izquierda y dejándola cada vez más huérfana de apoyos generales y concitando más debates autorreferenciales puede que apunten en la buena dirección. La intención de recordar un mundo *sólido* más que *líquido* es loable y creo que atinada. Pero de ahí a dar el salto de proponer la revolución como solución media un trecho casi insalvable. Además, seamos honestos: progresar significa conservar lo alcanzado y, a partir de ahí, mejorar la situación. Revolucionar es lo contrario de progresar precisamente porque una revolución lo destruye todo: especialmente a las personas. Si queremos siglo XX, ahí tenemos siglo XX.

Ignacio ÁLVAREZ RODRÍGUEZ  
Departamento de  
Derecho Constitucional  
UCM

---

<sup>10</sup> Vid. D. LESSING, *Las cárceles que elegimos*, Barcelona, Lumen, 2018.